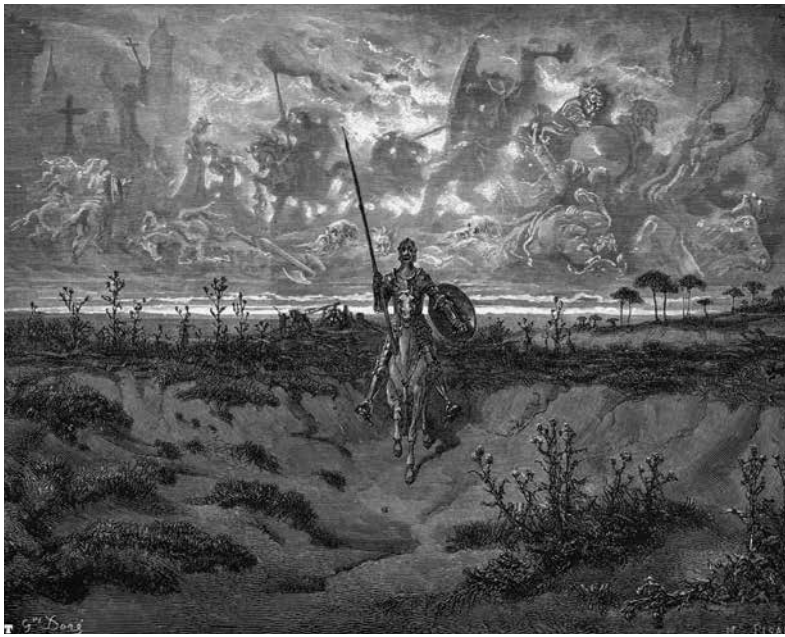


# Tiempo de utopías

## El quijotismo, la amable locura del utopismo

Víctor Herráiz

La conducta de don Quijote goza por sus valores idealistas de cierto aprecio benevolente, pero no lo tenemos como modelo a imitar: preferimos evitar los problemas que nos puede ocasionar.



Don Quijote (Gustave Doré)

“¡No me seas *quijote!*”, “¡eso son *quijotadas!*”

Consejo de padre. Así atajaba la familia a los adolescentes que expresaban sus quejas por haber presenciado algún trato discriminatorio o vejatorio en esos años tan sensibles en que uno va alejándose de las púberes placenteras fantasías y despertando con dolor a la abrupta realidad, la de saber que este mundo no será un camino de rosas. Los adultos reaccionaban así movidos —pienso ahora— por un atávico sentido de protección a la prole. Te estaban transfundiendo el precioso suero de la experiencia. Aunque a ti te lo pareciera, no es que se enfadaran contigo; es que les preocupabas: “tú no te

des a entender”, “mejor harás en no significarte”, “al final, lo único que vas a conseguir es meterte en líos”. Ellos en el fondo estaban repitiendo lo que recibieron a su vez de sus antecesores y con la mejor voluntad te estaban vacunando —a su manera— contra la posibilidad del fracaso, intentando ahorrarte el rosario de contrariedades y decepciones que por ejemplo sufrió el caballero de la triste figura.

Pero también con la vacuna se cuela cierta dosis de sumisión social, esa que pretende domar la juvenil rebeldía que brota espontáneamente ante las primeras muestras de injusticia. Nada más asomar en tus ojos de polluelo la crítica a la sinrazón,

ya te están poniendo los lentes tornasolados con filtros antiutopía. Lo curioso es que en estos casos la familia, los consejeros, recurren a la comparación con el Quijote. ¿Por qué? Porque al menos en este país la gente ha interiorizado que don Quijote, ese caballero de buenos sentimientos que lucha contra gigantes que le superan en fuerza y medios, es por descontado un personaje utópico; lleno de admirable bondad, sí, pero utópico. Amelia Valcárcel no tiene duda de que la lectura del Quijote por encima de todos sus matices nos deja esa sensación.

La definición de la palabra quijote en el Diccionario de la Real Academia insiste en similar derrotero

utópico idealista. *Quijote*: “hombre que antepone sus ideales a su provecho o conveniencia y de forma desinteresada y comprometida en defensa de causas que considera justas”. Demasiado.

Y es que, aunque para sus coetáneos don Quijote fuera tal vez solo un personaje cómico de aventuras, loco remedo de los paladines caballerescos; andando el tiempo su figura creció hasta ennoblirse para representar hoy en la literatura universal al héroe que, contra viento y marea y sin el menor cálculo personal, se entrega a la lucha contra los malvados y la protección de los desfavorecidos, ofreciéndonos de paso —no digo que Cervantes lo tuviera en mente— todo un ejemplo de moralidad.

“ La gente ha interiorizado que don Quijote es por descontado un personaje utópico; lleno de admirable bondad, sí, pero utópico. ”

Así vemos al Quijote (I, IV) ejerciendo —podríamos decir— de piadoso juez de lo social a favor del pastor asalariado Andrés, a quien su amo, el labrador rico Juan Haldudo, debe varios sueldos y azota además impunemente. Se erige (I, XI) también de diputado igualitarista en el discurso a los cabreros, celebrando la antigua edad de oro donde todas las cosas eran comunes y reinaba la paz, amistad y concordia; igualmente actúa de improvisado tribunal de apelación (I, XXII) contra las crueles condenas a los marginados en el episodio de la liberación de los galeotes, a quienes considera víctimas de “torcido juicio del juez” y lo encontramos (II, XLII y ss) como asesor de su escudero Sancho Panza, a quien redacta todo un programa de conducta en el difícil arte del gobierno cuando a este le nombran gobernador de la ínsula

Barataria. El rústico Sancho actúa así con acierto; y solo sirviéndose de la equidad, la compasión y el sentido común, sin legislar nada, le cabe el gran honor de salir sin blanca igual que entró, “bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas”.

Es difícil sostener que don Quijote —o Cervantes mismo— propugnara un nuevo modelo de sociedad alternativo, al estilo de la *Utopía* de Tomás Moro, la *Ciudad del Sol* de Campanella o *La Nueva Atlántida* de F. Bacon, aunque José Antonio Maravall o Heinz Peter Endress le atribuyen un anhelo de restauración de la sociedad natural y campesina evocada en la mítica Edad de Oro. Sin embargo, todos entendemos que el singular caballero de la Mancha es un indignado, un crítico permanente contra los vicios de la sociedad de su tiempo (a los que nombra en muchas ocasiones) y que sus acciones disparatadas están guiadas por el noble propósito de ayudar a los necesitados y conseguir esa tan a menudo citada por él “república bien ordenada”. Modestos ideales reformistas que nadie calificaría en principio de utópicos, pero que —no lo olvidemos— para millones de personas en todas las épocas han sido y son todavía una utopía. ¿O no es cierto, si miramos solo a los millones de empobrecidos y emigrantes de todo el planeta?

Adolfo Sánchez Vázquez opina que “toda la novela de Cervantes es la narración de los intentos quijotescos de introducir el Bien, la Justicia, la Libertad en un mundo en el que impera realmente el mal, la injusticia y la coerción”. No está demás aludir de paso —por si algo nos suena en el presente— que, como es conocido, en vida de Cervantes, justo en las décadas del tránsito de los siglos XVI al XVII, los reinos de España sufrían una profunda crisis económica y social expresada en un enorme aumento de la deuda de la Corona (en 1598 ascendía a ocho veces el conjunto de los ingresos), bajos

salarios y pobreza, multiplicación de tributos sobre campesinos y comerciantes, devaluación monetaria, descenso demográfico...; todo ello debido al crecimiento descontrolado de los gastos militares que el Imperio de los Austrias exigía para mantener su hegemonía en el mundo. Enrique Llopis, catedrático de economía de la Universidad Complutense en una reciente conferencia con abundancia de datos añadía en Zaragoza que el PIB del país en 1650 era un 15% inferior al de 1550 y que tardamos siglo y medio en recuperarnos de tamaño descalabro.

“ Nos guiamos más por el señuelo de las amenazas de los gigantes que por la limpieza de metas y la valentía del personaje que les desafía. ”

Con el Quijote y el quijotismo tenemos esa actitud ambigua que perpetuamente nos interroga: Alonso Quijano es honesto y generoso, pero poco práctico; es ético, pero conflictivo; sus sanos valores merecerían triunfar, pero fracasan, parece que no fueran realizables en esta sociedad. Me temo que, azorados por tantos cálculos conservadores, nos guiamos más por el señuelo de las amenazas de los gigantes que por la limpieza de metas y la valentía del personaje que les desafía.

Don Quijote, ese utópico, ese indesmayable desfacedor de entuertos, nos cae bien. Aun así, tengo dudas de si hoy saldría elegido como regidor de las muchas ínsulas baratarías que necesitan en nuestros días un gobierno decente. Pero a todos nos gusta pensar —pese a que nadie ha encontrado la frase en ninguna de las páginas del inmortal libro— que un día don Quijote alzó la voz y pregonó a los cuatro vientos: “Cambiar el mundo amigo Sancho, que no es locura ni utopía, sino justicia”.